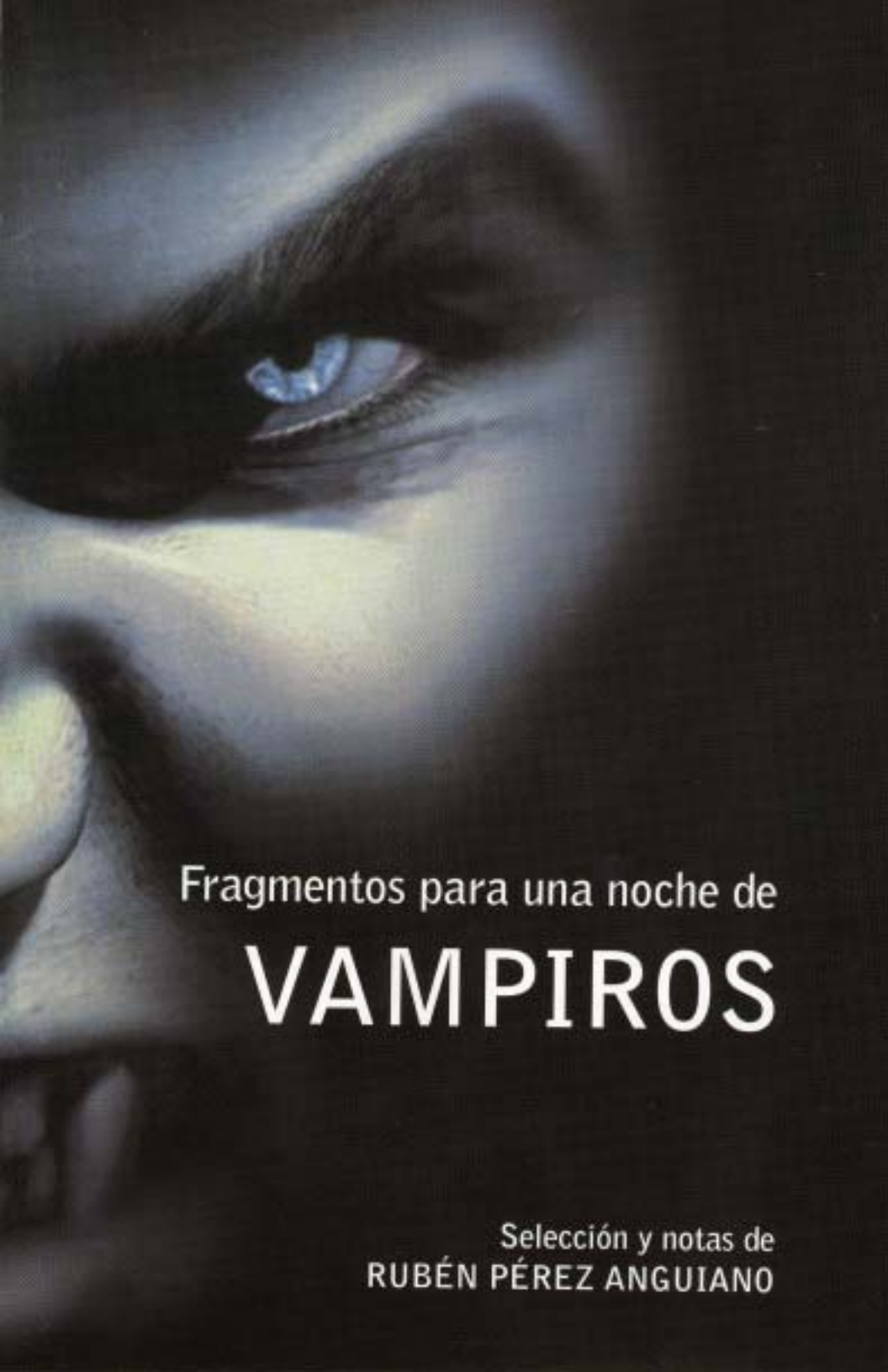

Fragmentos para una noche de VAMPIROS

Selección y notas de
RUBÉN PÉREZ ANGUIANO

FRAGMENTOS
PARA UNA NOCHE DE VAMPIROS

Selección y notas de
RUBÉN PÉREZ ANGUIANO

LOS VAMPIROS ENTRE NOSOTROS

Muchos de nosotros, los mortales, aprendimos horror y erotismo leyendo historias de vampiros -o disfrutándolas en el cine.

Los vampiros viven en el desvelo, parrandean sin tregua, aman hasta el agotamiento, se obsesionan como adolescentes tras la presa deseada, cambian de oficios a través de las épocas, atisban impunemente a la mujer en su intimidad, bailan ritmos olvidados, visten –si lo desean– con anticuada elegancia, se jactan de orígenes de rancia nobleza (o pertenecen a una estirpe maldita), se mantienen jóvenes por siempre, disfrutan del lujo y saben adaptarse a los nuevos tiempos.

Los vampiros son metáforas de la peste, la enfermedad, la muerte inexplicable, pero también de la seducción y del placer absorbente. Por eso fascinan, o quizás porque son inmortales que pueden morir. Dicho sea de otra forma: son inmortales, sí, pero pueden encontrarse con algún audaz que lo ignore y… se acabó el vampiro.

El caso es que se mantienen frescos, nos resultan simpáticos y no es casual que sigan ofreciendo sorpresas.

El antiguo mito preliterario sobrevivió a las edades de la razón, de la ciencia y de la locura. Se hizo cuento, novela o poema, después fotografía, luego movimiento, llegó a la imagen digital y sigue tan campante (como Juanito, el caminante), tan lleno de vida y

posibilidades como si en verdad pudiera situarse al margen del tiempo.

Por todo eso y algo más, no quisimos dejar a los vampiros fuera de la agenda del primer *Mes colimense de la lectura y el libro*.

Oscuras leyendas eslavas -algunos las suponen heredadas del crisol del oriente y otros, extravagantes, hasta creen descubrirlas en las cristianas referencias al vino, la sangre y la vida-, salpicadas de tradición y superstición popular, se convirtieron en un código universal gracias a los buenos oficios de una legión de narradores y cineastas que se prolonga hasta nuestros días. Podemos mencionar a la misteriosa Anne Rice, dueña de una prosa paciente y cuidadosa, como si a sus protagonistas les sobrara eternidad.

Existen, también, algunos ejercicios mexicanos de notable calidad, que aquí pudieron ser recuperados. Pero insistamos: las principales referencias que encontramos en nuestra memoria no provienen de la literatura, sino de los viejos cines, como el Diana y el Colima entre nosotros.

¿O acaso algún colimense –es más, algún mexicano de donde sea– ignoró los afanes del Santo contra unas crueles ojerosas?

¿O quién desconoce el rostro de mármol de Germán Robles cuando surge por allí, en alguna película casi olvidada?

Muchas buenas historias acompañan a los vampiros, todas afectadas por una obsesiva pretensión de autenticidad. Editar un libro con todas ellas resultaría una tarea superior a nuestras posibilidades (sobre todo las presupuestales), pero podemos arriesgarnos a la selección de algunos fragmentos deliciosos, destinados a una lectura ligera en las “Noches de vampiros”, osada actividad prevista para este mes de intensas lecturas.

Aquí va nuestra selección, esperando les guste a los lectores colimenses (o de donde sean), crean o no en estos juguetones sanguinarios.

Una advertencia necesaria: los subtítulos de los fragmentos seleccionados son del compilador, así que cualquier desacuerdo favor de dirigírselo a él.

Por último, este esfuerzo va dedicado a Luz María, porque gracias a ella el compilador dice que no se convirtió en vampiro.

Tratado sobre los vampiros (1751)
de Augustin Calmet

El "manual" de vampiros del padre Calmet incorporó al mito a la literatura fantástica europea. Quizás algo existió, más allá de la superstición y de la imaginación popular, o por lo menos así lo registra él: "En este siglo, desde hace alrededor de unos sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestra vida en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia: se ven, dicen, a hombres muertos desde hace varios meses, que vuelven, hablan, marchan, infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus prójimos, los enferman y, en fin, les causan la muerte; de suerte que no se pueden librar de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones, más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos revinientes el nombre de upiros o vampiros, es decir, sanguijuelas…"

Como sea, recordemos aquí este inquietante e influyente tratado.

▪ Cuestión de nombres

…refiere Plutarco en su libro sobre el alma de un cierto Enarco que, habiendo muerto, resucitó poco después, y contaba que los demonios que llevaban su alma recibieron una severa reprimenda

de su jefe, que les dijo que se habían equivocado, y que era Nicandro, y no Enarco, al que debían llevarse.

▪ El crudo despertar

Hace algunos años en Bar-le-Duc, habiendo sido inhumado un hombre en el cementerio, oyeron un ruido que salía de la fosa; lo desterraron al día siguiente, y encontraron que se había comido las carnes de los brazos, lo que nos ha sido referido por testigos oculares. El hombre había bebido aguardiente, y dado por muerto había sido enterrado.

(…)

Todo esto es bien posible; pero que los muertos de verdad muevan las mandíbulas en la tumba, y se diviertan masticando todo lo que encuentran a su alrededor, es una imaginación pueril…

▪ El miedo a la quemada

Ya nos hemos referido a la historia de un tal Er el Armenio, del país de Panfilia, al cual, que habían herido en una batalla, encontraron diez días después entre los muertos. Lo llevaron a su casa sin conocimiento y sin movimiento. Dos días después, cuando iban a ponerlo en la pira para quemarlo, resucitó y empezó a hablar y a contar de qué manera juzgaban a los hombres después de la muerte, y cómo los buenos eran recompensados y los malos castigados o atormentados.

▪ Convidados silentes

…Era bastante ordinario en estos países (Moravia) el hecho de ver a hombres fallecidos algún tiempo antes, presentarse en las reuniones y sentarse a la mesa con las personas conocidas sin decir palabra; pero que, haciendo un signo con la cabeza a alguno de los asistentes, el señalado moría infaliblemente dentro de unos pocos días.

▪ Eso de andar descalzo, ni muerto

…un tal Pedro Plogojovits, que llevaba enterrado diez semanas en un pueblo de Hungría llamado Kisolova… se le apareció por la noche a algunos de los habitantes del lugar cuando dormían y les apretó de tal modo la garganta que murieron en 24 horas. Así perecieron nueve personas, tanto viejos como jóvenes, en el espacio de ocho días.

La viuda del mismo Plogojovits declaró que su marido había venido a pedirle sus zapatos después de muerto, lo que la horrorizó de tal modo que se marchó de Kisolova para irse a vivir a otra parte.

DEL SUPLEMENTO DEL *DICCIONARIO FILOSÓFICO* DE VOLTAIRE

Aquí se aclara que eso de los "chupeteadores" (a los que tanto maltrató Palillo) no es invento de nosotros, sino un fenómeno universal con el que lidia la humanidad, por lo menos desde la feliz época de la Ilustración.

▪ Los vampiros de siempre

"¿Qué, vampiros en nuestro siglo XVIII? Sí… en Polonia, Hungría, Silesia, Moravia, Austria o Lorena. No se ha hablado de vampiros en Londres, ni siquiera en París. Admito que en estas dos ciudades han existido especuladores, recaudadores de impuestos y hombres de negocios que chupan la sangre del pueblo a plena luz del día, pero no estaban muertos (aunque estuvieran lo suficientemente corruptos). Estos auténticos chupadores no vivían en cementerios: preferían lugares hermosos…"

La novia de Corinto (1797)
de Johann Wolfgang Goethe

Nada pierde Goethe de la tradición del vampiro en esta muestra de su genio poético. Aquí se localiza el amor, el duelo de los credos, la rebelión a la regla de la muerte, el impulso que rompe las cadenas del sepulcro y la pasión insatisfecha, sin olvidar cierto desdén a la autoridad de los progenitores. Disfrutemos estos bellos fragmentos y después, si les apetece, regresemos a la calma de Fausto.

▪ Salir del sepulcro

Pero del sepulcro mal cerrado
un impuso ya me liberó.
Con preces mortuorias el prelado
en la tumba no me aprisionó.
Una bendición
es una canción
que nunca al Amor encadenó.

▪ Problemas con la suegra… hasta los vampiros

Este joven me fue prometido
cuando Venus tenía su altar.
La palabra cayó en el olvido
como falsa promesa al azar.

Pero nunca un dios
separará a dos,
aunque pueda una madre llorar.

▪ La sangre del amado… y la de otros
De la tumba yo me he levantado
a buscar mi prometido bien,
para hallar al hombre por mí amado
y beber la sangre de su sien.
Cuando ocurra así,
yo me iré de aquí
a buscar otros hombres también.

▪ El fuego liberador
“Oye, madre, mi último deseo:
una gran hoguera has de encender.
Abre mi pequeño mausoleo
y a los que aman déjalos arder.
Cuando el fuego ya
nos consuma acá,
volará a los dioses nuestro ser”

Carmilla (1872)
de Joseph Sheridan Le Fanu

Carmilla *es un deleite. Rebosa una cuidadosa sensualidad y traza un débil límite entre la amistad entre señoritas y la complicidad erótica. Es una obra maestra del relato corto y un ejemplo del género. Fiel al estilo de la época, contiene historias secundarias, tan interesantes como la principal.* Carmilla *ejerció una notable influencia literaria, cuyos ecos siguen llegando hasta nuestros días. Stoker abrevó en ella y en algún párrafo de la abundante producción de Rice, su principal personaje, el fascinante Lestat, la recuerda en un melancólico homenaje. Retamos al lector a intentar su lectura en soledad.*

■ No hay sacrificio sin sangre

Acompañé a Carmilla, como siempre, hasta su cuarto y me senté y conversé con ella mientras se preparaba para irse a la cama.

- ¿Crees -dije por fin-, que alguna vez confiarás completamente en mí?

Se volvió sonriendo pero no contestó, sólo continuó sonriéndome.

- ¿No vas a responder a ello? -dije-. No puedes responder de manera agradable; no debí haberte preguntado.

-Tenías razón en preguntarme eso, cualquier cosa. No sabes

lo querida que eres para mí, ni podrías desear ninguna confidencia más grande. Pero estoy bajo votos, peores que los de una monja, y aún no me atrevo a contar mi historia, ni siquiera a ti. Se acerca el momento en que lo sabrás todo. Me creerás cruel, muy egoísta, pero el amor siempre lo es; cuanto más ardiente, más egoísta. Qué celosa estoy de que no puedas saberlo. Debes venir conmigo, amándome, a la muerte; o bien odiarme y aún venir conmigo, odiándome a través de la muerte y después de ella. No existe una palabra como indiferencia en mi naturaleza apática.

-Ahora, Carmilla, vas a decir otra vez tus salvajes tonterías -dije rápidamente.

-No yo, pequeña tonta que soy, llena de caprichos y fantasías; por tu bien, hablaré como un sabio. ¿Has estado alguna vez en un baile?

-No; cómo hablas sin cesar. ¿Cómo es? Qué encantador debe de ser.

-Casi lo olvido; fue hace años.

Yo me reí.

-No eres tan mayor. A duras penas puedes haber olvidado tu primer baile.

-Recuerdo todo de él… con un esfuerzo. Lo veo todo, como los buzos ven lo que sucede sobre ellos, a través de un medio denso, ondulante pero transparente. Esa noche ocurrió lo que ha confundido el cuadro e hizo que sus colores se debilitaran. Casi fui asesinada en mi cama, me hirieron aquí -se tocó el pecho-, y nunca fui la misma desde entonces.

- ¿Estuviste a punto de morir?

-Sí, un amor extraño, cruel, que me habría quitado la vida. El amor tendrá sus sacrificios. No hay sacrificio sin sangre. Vayamos a dormir ahora; me siento floja. ¿Cómo puedo levantarme ahora y cerrar la puerta?

▪ El poder de los sueños

Las precauciones de las personas nerviosas son contagiosas, y

aquéllos de un temperamento similar están seguros, después de un tiempo, de imitarlas. Yo había adoptado el hábito de Carmilla de cerrar con llave la puerta del cuarto y me había metido en la cabeza todas las inquietudes caprichosas acerca de invasores nocturnos y asesinos merodeadores. También había adoptado su precaución de realizar una breve búsqueda en el cuarto, para quedar satisfecha de que ningún asesino o ladrón acechante estaba "oculto".

Habiendo tomado esas sabias medidas, me metí en la cama y me quedé dormida. Había una luz ardiendo en mi cuarto. Este era un antiguo hábito, de hacía tiempo, y del que nada me hubiera podido disuadir.

Fortalecida de esta manera, podía descansar en paz. Pero los sueños llegan a través de paredes de piedra, iluminan cuartos sombríos y oscurecen los iluminados y sus personas entran y salen como les place y se ríen de los cerrajeros.

■ El cazador de vampiros

- ¿Cómo llegó el pueblo a quedarse desierto? -preguntó el General.

-Se vio perturbado por *aparecidos*, señor; varios fueron seguidos hasta sus tumbas, descubiertos allí por las pruebas usuales, y exterminados en la forma acostumbrada, decapitados, en la estaca y en la hoguera, pero no hasta que murieron muchos habitantes del pueblo.

"Pero después de todos estos procedimientos de acuerdo con la ley -continuó-: tantas tumbas abiertas y tantos vampiros privados de su horrible animación, el pueblo no sintió alivio. Pero un noble moravo, que casualmente viajaba por aquí, oyó como estaban los asuntos y, siendo experto en el tema, como muchas personas en su país, se ofreció a librar al pueblo de su atormentador. Lo hizo de la siguiente manera: como había una luna brillante esa noche, enseguida después del crepúsculo, subió a la torre de la capilla, desde donde podía ver con claridad el cementerio debajo de él; pueden verlo desde aquella ventana. Desde allí miró hasta que vio

al vampiro salir de su tumba y colocar cerca de ella los trozos de lienzo en los que había sido envuelto y deslizarse hacia el pueblo para atormentar a sus habitantes.

"El extranjero, al ver todo esto, bajó de la torre, cogió las mortajas del vampiro y las llevó a lo alto de la torre, que volvió a subir. Cuando el vampiro regresó de sus merodeos y vio que faltaban sus lienzos, gritó con furia al moravo, a quien vio en la cúspide de la torre y quien, en respuesta, lo llamó con señas para que subiera a buscarlos. Después de lo cual, el vampiro, aceptando su invitación, comenzó a ascender a la torre. En cuanto llegó a las almenas, el moravo, con un golpe de su espada, le partió el cráneo en dos y lo arrojó al cementerio donde, luego de bajar por las escaleras de caracol, lo siguió y le cortó la cabeza. Al día siguiente se la entregó junto con el cuerpo a los habitantes del pueblo, quienes debidamente los empalaron y quemaron.

▪ La condición del vampiro

Puedo mencionar, al pasar, que la palidez cadavérica atribuida a esa clase de aparecidos es una ficción meramente melodramática. En la tumba y cuando se muestran en la sociedad humana, presentan la apariencia de una vida sana… Cómo escapan de sus tumbas y regresan a ellas por algunas horas todos los días, sin desplazar arcilla o dejar ningún rastro de alteración en el estado del ataúd o las mortajas, ha sido siempre aceptado como totalmente inexplicable… Su horrible gusto por la sangre viviente proporciona el vigor de su existencia en vigilia. El vampiro tiende a fascinarse con una absorbente vehemencia, que se asemeja a la pasión amorosa, por personas en particular. Para perseguirlas, demostrará una paciencia y estratagemas inagotables, pues el acceso a un objeto en particular puede estar obstruido de muchas maneras. Nunca desistirá hasta que haya saciado su pasión y consumido la vida misma de su codiciada víctima. Pero en estos casos, reservará y prolongará su gozo asesino con el refinamiento de un epicúreo, y lo fortalecerá con los graduales acercamientos de un astuto

galanteo. En estos casos, parece anhelar como compasión y consentimiento. En casos comunes va directamente a un objetivo, subyuga con violencia y estrangula o agota con frecuencia en un solo festín.

La familia del Vurdalak (1840)
de Alexei Tolstoi

Este Tolstoi, pariente del otro, trasplantó a los vampiros a los ambientes rusos, donde se adaptaron con naturalidad a las leyendas populares de aquel lado del mundo. Si bien el amor forma parte de la trama, como suele suceder al hablar de estos temas, aquí no domina el erotismo, sino la pasión filial -obsesión más allá de la muerte- que arrastra a los seres queridos al frío de la existencia vampírica. Este relato, además, posee la virtud de incorporar al vampirismo a los niños, a los que transforma con una terrorífica crueldad. En otras traducciones el lector podrá encontrar "Una familia de vampiros". Que no cunda el desconcierto: se trata del mismo relato.

▪ No seré yo si regreso

"Hijos míos, me voy a las montañas para unirme a los valientes que están persiguiendo a Alibek (así se llamaba un bandido turco que asolaba aquellas regiones). Esperadme diez días y, si no regreso dentro de ese plazo, mandad decir una misa por mí, pues será señal de que estoy muerto. Pero si -agregó el viejo Gorsha, con voz aún más seria- si (¡Dios nos guarde!), llegara pasados los diez días, por la salvación de vuestras almas, no me admitáis en casa. Os ordeno que, olvidando que soy vuestro padre, me atraveséis

con una estaca de roble, sin escuchar mis súplicas a pesar de todo cuanto diga, porque, entonces el que regresaría no sería yo sino un maldito vampiro que vendría a chuparos la sangre.

▪ Afecto familiar de los vampiros eslavos

Con respecto a esto tengo que explicarles, *mesdames,* que los vampiros de los pueblos eslavos no son, según la opinión popular, sino los cuerpos de los difuntos que salen de sus sepulcros para chupar la sangre de los vivos. En general, sus costumbres son idénticas a las de los vampiros de los demás países, pero poseen, además, una particularidad que les hace aún más peligrosos. Los vampiros, *mesdames,* chupan con preferencia la sangre de sus parientes más cercanos y de sus mejores amigos, y éstos, a su vez, al morir, se convierten en vampiros, de modo que, según dicen, existen en Bosnia y en Herzegovina aldeas enteras, cuyos habitantes son todos vampiros.

▪ Sin decir su nombre

…los servios, cuando sospechan que alguien es un vampiro, evitan llamarle por su nombre o mencionarle directamente, porque de hacerlo así, le invocarían en su tumba.

▪ Uno tras otro

El ermitaño nos dejó entrar en seguida, y nos mostró el alojamiento para los viajeros; pero estaba tan lleno de peregrinos, que le pregunté si no sería posible hallar posada en alguna casa de la aldea.

-Encontraría más de una -contestó el ermitaño, con un profundo suspiro-. Gracias al maldito Gorscha, hay muchas casas vacías allí…

- ¿Qué significa eso? ¿Acaso el viejo Gorsha vive aún?

-No, él personalmente yace, como es debido, en la húmeda tierra, con la estaca que le atraviesa el corazón…Pero chupó la sangre a su nieto, el pequeño hijo de Jorge. El niño fue una vez por la noche, llorando y diciendo que tenía frío y pidiendo que le dejaran

entrar. La tonta de su madre, a pesar de haberlo enterrado ella misma, no tuvo ánimo de mandarlo sobre ella y le chupó la sangre hasta dejarla muerta. Cuando la enterraron, vino a su vez y atacó a su hijo menor; después ha chupado la sangre de su marido y la de su cuñado. A todos les sucedió lo mismo.

- ¿Y Zdenka?

- ¡Oh, se volvió loca de dolor, la pobrecita! Mejor no hablar de ella…

La bella vampirizada
de Alejandro Dumas

El genio de la novela de aventuras, del adictivo pasquín que encadenaba a sus lectores hasta el fin de la saga, también se acercó al tema de los vampiros, quizás imaginando su representación en los teatros parisinos.

Aquí poseemos una bella muestra, a medio camino entre la literatura de aventuras y aquélla de sangre entre los labios.

▪ Un poco de confusión

…Se apoderaba de mí un extraño sentimiento, como si realmente fuera la mujer de aquel que había muerto, no la prometida del vivo.

▪ Atractivos

Aquel ataúd me atraía a mi pesar, dolorosamente, como sierpe que atrae al pajarillo fascinado por ella.

Sonaron las nueve menos cuarto. Entonces se apoderó de mí una extraña sensación. Me corría por todo el cuerpo un terror, un estremecimiento que me helaba.

Luego una especie de sueño invencible entorpecía mis sentidos, me oprimía el pecho, velando mis ojos. Tendí el brazo y fui a caer de espaldas sobre el lecho.

Sin embargo, no había perdido totalmente los sentidos, pues

podía oír como si unos pasos fueran acercándose a mi puerta, después me pareció que la puerta se abría. Seguidamente no vi ni escuché nada más. Sólo sentí un vivo dolor en el cuello, luego de lo cual caí en un profundo letargo.

(…)

Me arrastré apoyándome en el muro hasta el espejo y miré. Algo que semejaba la punzadura de un alfiler marcaba la arteria de mi cuello.

▪ La plaga

- ¿Sabéis lo que quiero decir?

-Sí -contesté-, en Polonia vi a algunas personas padecer el horrendo mal.

-Os referías al vampirismo, ¿verdad?

-Sí. De niña aún me sucedió ver desenterrar en el cementerio de una aldea perteneciente a mi padre, cuarenta personas, muertas en quince días, sin que se hubiera podido en ningún caso acertar con la causa de aquellos fallecimientos.

"Diecisiete de aquellos cadáveres presentaron todos los signos del vampirismo. Es decir, fueron encontrados frescos, como si todavía estuviesen vivos. Los otros... los otros eran sus víctimas"

- ¿Y qué se hizo para liberar a la región de aquella horrible plaga?

-Se les clavó una estaca en el corazón y luego fueron quemados los cuerpos y aventadas sus cenizas.

▪ Ojos vivaces

Vi a Kostaki, pálido como se me apareciera en las parihuelas, sus largos cabellos negros cayéndole sobre la espalda, goteando sangre. Vestía como de costumbre, pero tenía descubierto el pecho y dejaba ver su herida sangrante.

Todo estaba muerto. Todo era cadáver… carne, ropas, porte… sólo los ojos, aquellos terribles ojos, ¡estaban vivos!

■ **Algo queda**

Una vez recobrada la paz y la tranquilidad de espíritu se restableció mi salud y de aquellos sucesos no quedó en mí otra huella ni más recuerdo que esta palidez mortal, que suele acompañar hasta la tumba a toda aquella criatura humana que, por desdicha, haya sufrido el beso de un vampiro.

El vampiro (1819)
de John William Polidori

El texto de Polidori nació entre la polémica, pero su autor puede presumir, con justicia, que fue cocinado en el mismo fogón –mezcla de velada, círculo de viaje y taller literario– del que surgió Frankestein.

Como sea, algunos suponen que aquí intervino el talento de Byron, siendo Polidori su médico y amigo, y otros más quieren descubrir al propio Byron en la extraña personalidad de Lord Ruthven, el vampiro de esta historia.

Por cierto, este Lord Ruthven presagia los elementos aristocráticos y de oscuro refinamiento que acompañarían al mito hasta nuestros días.

El caso es que Polidori –que murió a los 25 años y ya no logró ofrecernos otras muestras de su talento precoz– nos obsequió algunos magníficos párrafos, de los cuales elegimos dos, por su hermosa complejidad.

▪ La mirada del vampiro

Sucedió que durante las diversiones que acompañan al invierno londinense, se presentó en las distintas fiestas de los más importantes exponentes de la "sociedad" un noble, más notable por sus peculiaridades que por su rango. Contemplaba la alegría a su alrededor como si no pudiese participar de ella. En apariencia,

la risa frívola del bello sexo sólo acaparaba su atención para luego sofocarla con una mirada e inundar de temor aquellos pechos en los que reinaba la imprudencia. Los que llegaron a sentir ese pavor, no podían explicar cómo comenzaba; algunos lo atribuían a la inanimada mirada gris, que al clavarse en el rostro en cuestión, no sólo parecía penetrar y de un vistazo atravesar hasta lo más recóndito del corazón, sino posarse sobre la mejilla como un pesado rayo de plomo sobre la piel.

▪ La caridad del vampiro

Su compañero era pródigo en generosidad; el vagabundo, el ocioso y el mendigo recibían de su mano más que lo suficiente para aliviar sus necesidades inmediatas. Pero Aubrey no podía dejar de notar que no prodigaba limosnas a los virtuosos, reducidos a la indigencia por las desventuras que acompañan a la virtud. Estos eran despedidos en la puerta con mofa apenas disimulada; sin embargo, cuando los disolutos se acercaban a pedir algo, no para aliviar sus necesidades, sino para revolcarse en su lujuria, o hundirse aún más en la iniquidad, se les despedía con una caridad generosa. Sin embargo, esto lo atribuía el joven Aubrey a la mayor porfía del vicioso, que por lo general prevalece por sobre la tímida retirada del indigente virtuoso. Había un hecho sobre la caridad de su Señoría, que causaba una impresión aún más fuerte en su mente: todos aquellos que la recibían descubrían inevitablemente que acarreaba una maldición, pues todos eran o bien llevados al cadalso, o se hundían en la miseria más baja y abyecta.

No despertéis a los muertos (1800)
de Johann Ludwig Tieck

En este texto interviene la brujería, la pasión insaciable que se atreve a retar a la muerte, la maldición de la pérdida del amor, el debate eterno entre lo posible y lo deseable, el justo castigo para quienes violentan las leyes de la vida y, por supuesto, la sangre.

Aquí van dos muestras de este casi desconocido escritor alemán.

▪ La muerte, contemplada desde el menosprecio de los siglos

–¿Por qué lloras así, infeliz devoto, lo que ya no es sino horrendo despojo de mortalidad: meros huesos, y nervios, y venas? Naciones enteras han caído sin que se alzara un lamento por ellas; incluso mundos, mucho antes de ser creado este globo nuestro, se han desmoronado sin que nadie los llorase; ¿a qué abandonarte, entonces, a esa vana aflicción por una criatura nacida del polvo, por un ser tan frágil como tú mismo y, como tú, criatura de un momento?

▪ Reproches de enamorados

–¿Por qué –prosiguió ella, en un tono que aumentaba el horror de él–, por qué me atribuyes palabras como si fuese yo un títere?¿Tú,

que tienes el valor de amar a los muertos, de llevar a tu lecho a la que dormía en la sepultura, a la que fue compañera de cama de los gusanos, tú que has estrechado en tus brazos la corrupción de la tumba, tú, profanador, te atreves a elevar ese llanto espantoso por el sacrificio de unas pocas vidas? Esas vidas no son más que hojas arrancadas por la tormenta. Vamos, desecha esas figuraciones idiotas, y saborea la dicha que tan cara has comprado.

Vampirismo (1821)
de E. T. A. Hoffmann

Esta es una historia a muchas voces, redactada desde las animadas tertulias de las tabernas berlinesas, donde el propósito era provocar, en los oyentes, el estremecimiento. Tiene el sabor de las historias conversadas, de aquellas donde brota la historia inesperada después de las divagaciones iniciales.

▪ Paseos nocturnos

Por esa misma época, un fiel servidor aprovechó la ocasión en que encontró al conde a solas para descubrirle que la condesa abandonaba todas las noches el palacio y no regresaba hasta el alba. El conde se quedó helado. Sólo entonces pensó que, desde hacía tiempo, a medianoche le vencía siempre un sueño en absoluto natural, que ahora atribuía a algún narcótico que la condesa le proporcionaba. Así podía abandonar sin ser notada el dormitorio que, contra las conveniencias, compartía con su esposo. Los más negros presentimientos acudieron a su mente. Pensó en la diabólica madre, cuyo espíritu renacía quizá en la hija, en alguna relación adúltera y abominable…

■ Una fiesta campirana

La condesa tomó el camino que, atravesando el parque, llevaba al cementerio, pero desapareció a través del muro. El conde corrió tras ella, cruzando el portón del muro de la iglesia, que encontró abierto. Al claro de luna pudo observar entonces un círculo de espantosas figuras fantasmales. Viejas mujeres semidesnudas y con los cabellos al viento se acuclillaban en el suelo, y en el centro del círculo yacía el cadáver de una persona, del que se alimentaban con voracidad de lobas.

Berenice (1833)
de Edgar Allan Poe

El maestro de la literatura inquietante, el pionero de la literatura negra y de las disquisiciones detectivescas, nos obsequia una aproximación al tema de nuestros desvelos, cuyo mayor placer se localiza en la insinuación vampírica antes que en la expresión desnuda del mito.

Seleccionamos aquí un par de párrafos de sombría belleza, donde quizás se dibujan algunos de los abismos del alma del autor.

▪ La desdichada belleza

La desgracia es plural. La desventura, en este mundo, es multiforme. Abarcando el ancho horizonte como el arco iris, sus matices son tan varios como los matices ese arco... e igual de distintos, aunque se hallan íntimamente combinados. ¡Abarcando el ancho horizonte como arco iris! ¿Cómo es que saco de la belleza una suerte de fealdad?, ¿del símbolo de la paz un símil del dolor?

▪ Esos dientes, tan bonitos

Tenía una frente alta, y muy pálida, y singularmente serena; y se la cubría parcialmente su cabello en otro tiempo azabache, el cual le ocultaba las sienes, hundidas con innumerables rizos ahora intensamente amarillos, desentonando de forma discordante –por

su aspecto grotesco– con la melancolía que reinaba en su semblante. Los ojos no tenían vida, ni brillo, y parecía que ni pupilas; aparté instintivamente mi atención de su mirada vidriosa y la fijé en sus labios delgados y encogidos. Se abrieron; y en una sonrisa de extraño significado, asomaron lentamente los dientes de la cambiada Berenice. ¡Pluguiera a Dios que no los hubiera visto, o que hubiera muerto al verlos!

Varney, el vampiro (1847)
de James Malcolm Rymer

Esta obra llegó a ser un éxito de la época y es lo más parecido que podemos encontrar a una serie de televisión, con historias que se suceden al ritmo de las fantasías vampíricas. De hecho, algún malpensado puede trazar paralelismos entre lo indestructible de este Varney, con la ilógica y exasperante resistencia del protagonista de la serie de Viernes 13. *En fin, el nombre del vampiro nos resulta familiar por cierto dinosaurio morado (del que sólo lo separa la v), pero eso es otra extraña casualidad.*

▪ Bueno, guapo no es

La figura se vuelve a medias, y la luz cae de lleno sobre su rostro. Es un rostro blanco, totalmente exangüe. Sus ojos parecen de estaño bruñido; sus labios están contraídos, y el rasgo principal, aparte de sus ojos espantosos, son los dientes: unos dientes de aspecto terrible, sobresaliendo espantosamente como los de una fiera salvaje, de un blanco deslumbrante y con aspecto de colmillos.

(…)

La mirada de una serpiente no habría podido producir en ella un efecto más intenso que esos ojos fijos, de calidad metálica, concentrados en su rostro. Se inclinó a la figura, perdiendo su altura gigantesca, y acercó su rostro horrible, blanco, hocicudo.

¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué lo hace tan horrendo, tan diferente de cualquier habitante del mundo, a pesar de hallarse en él?

Las metamorfosis del vampiro (1857)
de Charles Baudelaire

El compilador se niega a escribir algo de Baudelaire, que para eso habría que dedicar una vida entera. Aquí van, simplemente, unos bellos retazos de su poesía, tan maltratada en su época por los eternos jueces de la moral y las buenas costumbres. Al que se quede picado, se le recomienda trasladarse de inmediato a Las flores del mal.

▪

Soy, mi querido sabio, tan erudita en goces,
cuando sofoco a un hombre en mis temibles brazos,
o cuando ofrezco el pecho a crueles mordiscos,
tímida y libertina, y frágil y robusta,
que sobre esos colchones que de emoción se pasman
¡los impotentes ángeles por mí se perderían!

Cuando ella hubo chupado de mis huesos la médula
y yo, lánguidamente, me hube vuelto hacia ella
a besarle los labios con amor, hallé solo
¡un pringoso pellejo, chorreante de pus!

El misterio de Ken (1888)
de Julian Hawthorne

Hijo de Nathaniel, bebió los viejos relatos de Salem desde la niñez. Pudo presumir la amistad de Wilde y del mismo Stoker. Hombre de letras y editor, aquí lo recordamos con un par de buenos párrafos, en una historia que hace recordar las vicisitudes de los viejos instrumentos musicales. Por cierto, también descubrimos que la víspera de Todos los Santos *es tiempo de fiesta en Irlanda y en nuestro Colima: allá para los espíritus desencarnados, aquí –por fortuna- para todos.*

▪ El mal paso

…cuando a los pocos metros tropecé y me caí, lo achaqué a la aspereza del camino, más que a la suavidad del licor. Al levantarme, me pareció oír una risa, y supuse que el teniente, que me había acompañado a la puerta, se divertía con mi percance. Pero al mirar a mi alrededor, observé que la puerta estaba cerrada y que no se veía a nadie. La risa, además, había sonado cercana, incluso atiplada, más a voz femenina que masculina. Naturalmente, me había equivocado: no había nadie cerca de mí. O mi imaginación me había gastado una broma, o había más verdad que poesía en la creencia de que la víspera de Todos los Santos es tiempo de carnaval para los espíritus desencarnados. En aquel momento no se me ocurrió que los supersticiosos irlandeses consideran un mal

presagio tropezar; aunque de haberlo recordado me habría reído de tal creencia.

■ Vino del bueno

–Come y bebe –dijo–. Has hecho un largo viaje y necesitas reponerte.

–¿Comerás y beberás tú conmigo? –dije, sirviendo el vino.

–Tú eres el único alimento que yo necesito –fue su respuesta–. Este vino es flojo y frío. Dame el vino rojo y cálido de tu sangre, y apuraré la copa hasta las heces.

El invitado de Drácula (1890)
de Bram Stoker

Este es un cuento independiente, quizá una tentativa previa a la inmortal novela, pero de cualquier forma cumple las exigencias de los apasionados del género, lo mismo que de los admiradores del célebre escritor irlandés. Aquí tenemos unas muestras de ello.

▪ Otra nochecita de ésas

Movido por una especie de fascinación, me acerqué al sepulcro, para ver de quién era, y por qué se alzaba allí solo en semejante lugar. Lo rodeé, y leí sobre su puerta dórica, en alemán:

Condesa Dolinger de Graz
Styria
Buscó y encontró la muerte
1801

En lo alto de la tumba, clavada en el sólido mármol –porque el monumento estaba hecho con unos cuantos bloques enormes de piedra –, había una gran pica o estaca de hierro. En la parte de atrás vi, grabado en grandes letras rusas:

Los muertos viajan deprisa

Había algo tan espectral y misterioso en todo esto que el corazón me dio un vuelco y sentí como un vahído. Por primera vez deseé haber seguido el consejo de Johann. Y entonces, casi

de manera misteriosa, me vino un pensamiento que me produjo un sobresalto: ¡Era la noche de Walpurgis!

La noche en que, según la creencia de millones de personas, el demonio viene al mundo… la noche en que se abren las sepulturas y salen los muertos y andan por ahí.

El beso de Judas (1894)
de X. L. (Julián Osgood Field)

Magnífica alegoría para la mordedura del vampiro, el beso de Judas, un beso que anuncia placer y se revela, demasiado tarde, en muerte ¿O alguien puede imaginar una traición más horrorosa?

Aquí van un par de ejemplos de la prosa de este periodista y crítico literario, afamado por sus insólitos pseudónimos.

▪ Suicidarse para el retorno

Esa fealdad física delata, naturalmente, el espíritu maligno que hay dentro. En ese estadio, pueden ser reconocidos y evitados; o mejor aún, se los puede matar. Porque sólo se vuelven verdaderamente peligrosos cuando su odio alcanza tal grado que se sienten impulsados a buscar una muerte y una reencarnación voluntarias, a fin de satisfacer su malevolencia; porque sólo por la puerta del suicidio pueden llegar a la presencia del gran demonio para recibir pleno poder y disposición para regresar a la tierra con su encargo de destrucción.

▪ Madonna negra

Así fue como Adams vio aparecer la delgada figura vestida de negro de una joven dulce y llorosa; y, por primera vez en su vida, se quedó asombrado, o más bien estupefacto, ante el maravilloso

parecido en intensidad de dulzura, en pureza de encanto teñido de aflicción, entre esta visitante nocturna de su señor y una madonna, digamos, de un lienzo de Rafael, ante él en carne y hueso.

La tumba de Sarah (1900)
de F. G. Loring

Siguiendo el estilo del diario íntimo, que apoya las aspiraciones verosímiles, clásicas entre la literatura vampírica, se desarrolla este bello cuento que parece anteceder a las historias cinematográficas de la búsqueda arqueológica o las tareas de restauración que, inesperadamente, topan con lo sobrenatural.

▪ La tumba y la leyenda

La inscripción reza así:

Sarah
1630
Por respeto a los muertos y por el bienestar de los vivos,
que este sepulcro permanezca intacto
y nadie moleste a su ocupante hasta
la venida de Cristo.
En el nombre del Padre, del Hijo
y del Espíritu Santo.

Grant dice que existe una leyenda en la vecindad según la cual se trataría de la tumba del último descendiente de los Kenyon, la malvada condesa Sarah, que fue asesinada en 1630. La condesa vivió completamente sola en el viejo castillo, cuyas ruinas todavía se conservan a tres millas de aquí en el camino a Bristol. Su

reputación fue funesta incluso para aquellos tiempos. Fue una especie de bruja o virago, que vivía sola con la única compañía de un demonio familiar en forma de descomunal lobo asiático. Esta criatura, según decían, se apoderaba de niños, o a falta de ellos, ovejas y otros animales pequeños, y los llevaba al castillo, donde la condesa solía sorberles la sangre. Era creencia generalizada que nadie podía matarla. Sin embargo, resultó ser una falacia, ya que un día fue estrangulada por una campesina furiosa que había perdido dos niños, y acusaba al demonio familiar de la condesa de haberse apoderado de ellos y haberlos matado.

El almohadón de pluma (1907) de Horacio Quiroga

Quiroga, maestro del estilo y apasionado de las reglas narrativas, obsequia una visión original y divertida del mito, orgullo de nuestra lengua. Al leerla se advierte al experto contador de historias. Por cierto, la lectura del cuento puede haber inspirado el guión de la película mexicana La invención de Cronos, *donde el mito del vampiro se reinventa por medio de un peculiar insecto y una maquinaria maravillosa.*

▪ Rígido amor, desapacible frío

Durante tres meses –se habían casado en abril–, vivieron una dicha especial. Sin duda, hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor; más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían la influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso –frisos, columnas y estatuas de mármol– producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

▪ El gorupo vampiro

Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca –su trompa, mejor dicho– a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había el monstruo vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Pues la sangre es la vida (1911)
de Francis Marion Crawford

El título de esta historia tiene inspiración en los mandatos bíblicos. Sorprende con algunos párrafos de notable belleza.

■ Placer y espanto

Mas cuando llegó el frío amanecer Ángelo yacía sobre el montículo, como medio muerto, recordando y a la vez olvidándose de todo, vacío de sangre, pero con el extraño anhelo de ofrecer todavía más a aquellos labios rojos.

Entonces hizo su aparición el miedo, el atroz pánico sin nombre, el horror mortal que custodia los confines del mundo que no vemos, ni conocemos como las demás cosas, pero cuya presencia sentimos en cuanto su gélido estremecimiento nos hiela los huesos y el tacto de una mano espectral nos revuelve los cabellos.

(…)

–Esta noche he visto algo horrible –dijo–. He visto a un muerto beber la sangre de un vivo. Y la sangre es vida.

La habitación de la torre (1912)
de Edward Frederick Benson

Mucho deben los relatos contemporáneos de sueños que se convierten, por repetición, en pesadillas, y de allí en preludios del peligro real, a este cuento de Benson, cuyo título parece cargado de añoranzas góticas. Aquí van unas probaditas.

▪ Matemática del sueño

Por simple cálculo de probabilidades, no parece en absoluto improbable que un sueño imaginado por alguien que sueñe constantemente pueda verse realizado de vez en cuando.

▪ El sueño persistente

Durante quince años ese sueño, con más o menos variantes, me ha visitado de manera intermitente. La mayoría de las veces empezaba exactamente de la misma forma; la llegada a la casa, el té servido en el jardín, el silencio moral de los concurrentes seguido de aquella frase fatídica de la señora Stone, la ascensión por la escalera en compañía de Jack Stone hasta la habitación de la torre donde moraba el horror… Y siempre terminaba con una pesadilla terrorífica provocada por algo que había en la habitación, aunque nunca supe exactamente lo que era.

Lestat, el vampiro (1985)
de Anne Rice

Lestat es uno de los vampiros más agradables y carismáticos surgidos de la literatura. Ni siquiera Tom Cruise, con todo su talento y publicidad a cuestas, logró dominar al personaje: su interpretación resultó bastante decepcionante a final de cuentas. Incluso, resultó mejor librado (quizás por su falta de pretensiones) Stuart Townsend en La reina de los condenados. *En fin, Lestat quizás sólo pueda llegar a ser interpretado por el mismo Lestat, si atendemos a su imperiosa necesidad de contar todas sus historias. En fin, por lo pronto disfrutemos algunos párrafos dedicados a sus orígenes.*

▪ Todo es relativo

Soy el vampiro Lestat. Soy inmortal. Más o menos. La luz del sol, el calor prolongado de un fuego intenso… tales cosas podrían acabar conmigo. Pero también podrían no hacerlo.

Mido un metro ochenta, una estatura que resultaba bastante impresionante hacia 1780, cuando yo era un joven mortal. Ahora no está mal.

▪ El vampiro y el matador de lobos

Lánguida y susurrante, una voz dijo “Matalobos” en un murmullo que era a la vez una invitación y un homenaje.

Abrí los ojos. O creí hacerlo. Y había alguien de pie en mitad de la estancia. Era una figura alta, encorvada, situada de espaldas al pequeño hogar, en el cual aún brillaban las ascuas cuyo resplandor recortaba claramente la silueta de la figura antes de difuminarse, dejando en sombras sus hombros y su cabeza.

(…)

"Matalobos", repitió la voz, aunque los labios de la figura no se habían movido. El misterioso intruso se acercó aún más y aprecié que el rostro no era ninguna máscara. Unos ojos negros, unos rápidos y calculadores ojos negros, y una piel muy blanca. Y advertí entonces que despedía un hedor insoportable, como el de un montón de ropa pudriéndose en una habitación húmeda.

Vi una catacumba, un lugar frío y húmedo. Y un ser, un vampiro blanco despertando en una tumba poco profunda. Estaba atado con pesadas cadenas e, inclinado sobre él, vi aquel monstruo que me había secuestrado; y supe que su nombre era Magnus y que, en aquel sueño, todavía era un mortal, un gran y poderoso alquimista que había desenterrado y atado aquel vampiro adormilado justo antes de la hora crucial de la puesta del sol.

Y en aquel instante, mientras la luz iba desvaneciéndose en el firmamento, Magnus bebió de su impotente prisionero la sangre mágica y maldita que le convertiría en uno de los muertos vivientes. El traidor había perpetrado el robo de la inmortalidad. Un oscuro Prometeo robando un fuego luminiscente.

▪ Saciar la sed

Pero la principal protagonista de la escena siguió siendo la sangre, dulce y sabrosa, que me llenaba mientras yo bebía y bebía.

Más, quería más, ése era mi único pensamiento, si mi mente pensaba todavía. Y, pese a su espesa consistencia, pasaba ligera por mi garganta; así de brillante le parecía aquel torrente rojo a mi mente, así de cegador, y todos los desesperados deseos de mi vida se vieron mil veces colmados.

(…)

Dios, si existía, no era importante ahora. Formaba parte de un reino insulso y aburrido cuyos secretos hacía mucho tiempo que habían sido expoliados, cuyas luces se habían apagado hacía largo tiempo.

■ Sin glotonerías

Ahora eres inmortal, y tu nueva condición te guiará bastante pronto a tu primera víctima humana. Sé rápido y no muestres ninguna piedad, pero, por delicioso que te resulte el festín, pon fin a él antes de que el corazón de la víctima cese de latir. En los años que se avecinan, ad quirirás la fuerza suficiente para experimentar ese gran momento, pero, por ahora, aparta de ti la copa antes de apurarla.

Fragmentos
DE ALGUNOS RELATOS MEXICANOS DE VAMPIROS

Gracias a la editorial Goliardos y al talento de H. Pascal, poseemos una fresca selección de relatos sobre el tema. Aquí van algunos fragmentos memorables.

▪

Los vampiros llegan, te lamen, te chupan, te muerden, te besan… y se llevan tu alma. Y no te enteras sino hasta que la vecina no te pela, tu chava no se deja, tu perro te desconoce cuando llegas noche y los gatos se erizan cuando te acercas.

Vampiros, de Juan Luis Gutiérrez

▪

Todavía me recuerdo bebiendo la sangre en su boca, mordiendo sus labios, haciendo el amor con un cuerpo muerto que sabía a pan. Los recuerdos dando vueltas en su cabeza. Se parecía a ti, la piel blanca. Las venas de la yugular hinchadas, llenas de ambrosía. La magia del momento rota por cuestiones de instinto. Un poco de sensualidad, la más que se puede cuando se arrebatan las almas. Una niña. Cuerpo perfecto, alma perfecta… la recorrió en la herida con el índice. Cicatrices.

Cicatrices, de José Luis Ramírez

▪

Apenas dio unos pasos, cuando la anciana le brincó en la espalda, congelándole los brazos y cabeza. Después le cayeron los demás. En el último instante, antes de que la sangre negra le brotara de los mil mordiscos, el Tuercas pudo gritar a todo pulmón: ¡Cabrones gorrones!

Los invitados, de Ricardo Guzmán Wolffer

▪

Se percató de que ahora bebía con voracidad, extrayendo paz y consuelo a cada trago del vital líquido que llenaba su boca. En su avidez, lleno de una extraña codicia, no dejó escapar ni una gota de entre sus labios. Cada sorbo, hacía menguar la incendiaria desesperación que le producía aquella salvaje tortura.

Ex inferis, de Javier Barriopedro

▪

-Hijo, ya no te pongas triste, yo sé que te sientes mal porque Luis ya no estará contigo, pero él ahora está mejor –dijo la madre a Daniel y lo abrazó.

-Lo necesito, mamá –contestó Daniel, para posteriormente darle a su madre una leve mordida en el cuello, que fue acrecentándose.

-¡Daniel!, ¿qué te pasa, hijo?, ¿por qué me muerdes? –gritó un poco asustada la madre.

-Nada, mamá, nada.

Envejeciendo, de Michelle Morales Castro

▪

Poco a poco se levantó, sin dejar de tomarme, frotándome contra su rostro, su cuello, su pecho, su abdomen, su vientre, y abrió las piernas para llamarme de nuevo, para recibirme mientras yo no dejaba de sangrar.

Sueños de Sangre, de H. Pascal

▪

Le gustaba ese libro: eran dos vampiros, aislados en la majestad de su poder, y persistían en sus atrocidades por creer que los acercaban a otros, que les permitían vencer su terrible soledad y participar, siquiera un poco, del alma de sus víctimas.
Pero en el fondo sabían que no era cierto…

Lectura, de Alberto Chimal

▪

Tendría que curarlo: aunque fuera inmortal no sería bueno que el niño andara por la vida con la piel escurriendo pus. Andar por la vida. Mejor por la muerte. Andar por la muerte como los vivos deambulan por las dunas de los basurales, almas en pena buscando alguna riqueza de pobre.

Detritus, Armando Vega-Gil

▪

Comenzó arrancándose con los dientes un pellejo de su pulgar derecho, y después de un tiempo, ya tenía el cuerpo de un niño en el congelador.

El sabor del prójimo, Alfonso Franco

NOTA FINAL

El compilador reconoce que succionó alegremente las letras de dos antologías deliciosas: *Vampiros,* edición de Jacobo Siruela, Ediciones Siruela, España, 1992; *Los vampiros no mueren,* selección de Ricardo Benítez, Cara oculta, España, 1991, y *Relatos mexicanos de vampiros y vampiras,* antología de Azoth-Goliardos, Goliardos, sin fecha de impresión, de las cuales tomó a diestra y siniestra información y notables traducciones. También le llegó duro al *Tratado sobre los vampiros,* de Augustin Calmet, Mondadori, España, 1991, y a *Lestat el vampiro,* de Anne Rice, Punto de lectura, España, 2000.

Fragmentos para una noche de vampiros.
Selección y notas de *Rubén Pérez Anguiano,* se imprimió durante abril de 2007 en la Editorial de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado con un tiraje de 1,000 ejemplares.

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA